

Que todos sean uno para que el mundo crea

Por LENIER GONZÁLEZ MEDEROS

El pasado año 2006 se cumplieron 100 años de la colocación de la piedra angular de la Primera Iglesia Presbiteriana de La Habana. El templo -una maciza edificación de bellos vitrales, techo de tejas y paredes de ladrillo rojo- es una muestra fidelísima de la típica arquitectura de los templos protestantes de los Estados Unidos. Tal parece que la iglesia hubiera sido transplantada de una de esas maravillosas estampas del sur norteamericano descritas con belleza inigualable por el novelista William Faulkner, hasta la calle Salud No. 218 en el populoso barrio de Centro Habana.

Allí acudí al encuentro del reverendo Héctor Méndez, pastor presbiteriano y hombre en quien la sencillez, la jovialidad y la acogida sincera parecen ser atributos distintivos de su persona. El motivo de nuestra cita era hablar sobre ecumenismo, temática que el reverendo Méndez ha hecho parte indisoluble de su ministerio a lo largo de su vida. Este hombre delgado, de hablar pausado, maneras elegantes y *clergyman* perenne, fue ordenado en octubre de 1965 y ha servido como pastor en Cárdenas, Sancti Spíritus y Ciudad de La Habana. Posee una larga experiencia en el diálogo ecuménico, que se remonta a sus años de juventud en su Placetas natal. Además, ha sido el único latinoamericano miembro del Comité Central del Consejo Mundial de Iglesias durante dos períodos y fue secretario de la Junta Directiva del Consejo Latinoamericano de Iglesias por 12 años.

Mientras desarrollaba su labor pastoral en la ciudad yumurina de Cárdenas -en la turbulenta década de los años 60- nació su amistad con el padre Jaime Ortega, hoy Arzobispo de San Cristóbal de La Habana y con quien ha compartido importantes experiencias a favor del diálogo ecuménico entre las Iglesias Católica y Presbiteriana. El reverendo Méndez habla con cariño de los obispos católicos cubanos, muchos de ellos amigos personales desde su juventud.

La conversación transcurrió en su oficina -lugar sencillo y acogedor- donde en una de sus paredes, junto a un sinnúmero de placas y gallardetes, resalta una foto suya saludando a S.S. Juan Pablo II durante el encuentro que sostuvo el Romano Pontífice con los líde-

res de diferentes denominaciones cristianas y la comunidad hebrea en la Nunciatura Apostólica de La Habana, aquella mañana histórica del 25 de enero de 1998. Bastó lanzar la primera pregunta para que la conversación fluyera como un torrente indetenible.

Reverendo, ¿cómo definiría Ud. el ecumenismo y la finalidad del movimiento ecuménico?

El ecumenismo en general no es más que la expresión que aparece en la Sagrada Escritura: "Que todos sean uno para que el mundo crea". Creo que lo que define al movimiento ecuménico es tratar de trabajar conjuntamente de una manera positiva, olvidándonos de aquellos aspectos que quizás puedan separarnos para enfatizar en aquellos que nos unen y sobre todo trabajar conjuntamente para el beneficio del ser humano y de la humanidad. Por eso es que ya el ecumenismo hoy en día va mucho más allá de las fronteras de carácter religioso, e interpela a todo ser humano de buena voluntad -que conjuntamente con nosotros- quiera trabajar para que se haga una realidad el cántico de los ángeles en aquella primera Navidad.

Algunos estudiosos consideran que uno de los principales problemas para la unidad de los cristianos es la unidad de las iglesias llamadas protestantes entre ellas. ¿Cómo son las relaciones de la Iglesia Presbiteriana con otras Iglesia protestantes en Cuba? ¿Cómo ha sido a lo largo de la historia y cómo es en el presente?

La Iglesia Presbiteriana ha tenido siempre una fuerte vocación ecuménica. Desde su llegada a nuestro país la Iglesia Presbiteriana ha tratado de tener buenas relaciones con todas las Iglesias Evangélicas. En el pasado sabemos que con la Iglesia Católica siempre hubo más tensión, pero creo que estamos siempre abiertos a las relaciones con todas las iglesias en aquellas causas que sean justas y nobles. Aspiramos a mantener buenas relaciones tanto con católicos como con protestantes.

Reverendo, ¿cuál ha sido su experiencia en el terreno ecuménico con la Iglesia Católica?



El reverendo Héctor Méndez saludando al papa Juan Pablo II, en La Habana.

Con la Iglesia Católica en el pasado, me estoy refiriendo a hace medio siglo atrás, las relaciones no eran óptimas. Eran mínimas, en algunas ciudades era más bien a nivel de un sacerdote y un pastor. Sin embargo hay experiencias -yo estaba recordando anoche- por ejemplo, que siendo yo muy jovencito, en el año 1957 en mi propia ciudad de Placetas, creamos el llamado Bloque de instituciones juveniles de Placetas, donde participaba la Juventud Obrera Católica -que tenía la presidencia de ese bloque- y los jóvenes presbiterianos ocupábamos la secretaría. Históricamente siempre se dieron intentos puntuales.

Claro, ya después del Concilio Vaticano II las relaciones entre la Iglesia Católica y las protestantes en nuestro país aumentaron. A finales de la década de los años 60 -año 1969, 1970, 1971- llegaron a su clímax esas relaciones, después decrecieron lamentablemente. En los últimos años se percibe nuevamente un esfuerzo de ambas partes por retomar el camino ecuménico, que nunca debió haber decaído, pero que es una realidad histórica que no podemos negar.

En la actualidad se hacen grandes esfuerzos, aquí mismo en la Arquidiócesis de La Habana. Desde hace aproximadamente cinco años estamos realizando actividades conjuntamente tanto en la Semana de Oración por la Unidad de los Cristianos, como en Pentecostés y en otras fechas significativas donde nos acercamos para compartir juntos la Palabra, reflexionar, orar y tratar de vivir juntos el Evangelio.

¿En nuestro país el desarrollo del ecumenismo ha seguido un curso progresivo y creciente o por el contrario usted cree que se encuentra estancado en estos momentos?

El ecumenismo ha tenido distintas etapas en nuestro país, yo diría que igual que ocurre en todos los países del mundo: hay altas y bajas. Aquí en Cuba tuvimos un momento de auge del movimiento ecuménico que se mantuvo durante algunos años -repito a finales de los sesenta e inicios de los setenta- fueron momentos de grandes relaciones entre las iglesias protestantes y la Iglesia Católica Romana. Posteriormente esas relaciones decayeron un poco y se mantuvo entre las iglesias protestantes. A partir de los años noventa, cuando hay un crecimiento inusitado de la Iglesia en Cuba -de todas las iglesias y denominaciones- cada una de ellas se ha sentido motivada por sus propias actividades y eventos. Hay que reconocer que se ha producido de cierta forma una disminución del movimiento ecuménico en nuestro país.

En los últimos años se han dado esfuerzos por revitalizarlo, pero yo diría que no es el mejor momento del movimiento ecuménico, al menos a nivel institucional. Creo que sí hay esfuerzos muy válidos a nivel parroquial, hay esfuerzos bien lindos y muy emotivos de los cuales tenemos conocimiento que se dan en la base, sobre todo a nivel de relaciones entre sacerdotes, pastores y laicos.

Tal vez aquellos años en que en una secundaria básica solo había tres alumnos que se identificaban como cristianos -y que siendo de denominaciones diversas trataban de vivir su fe en condiciones difíciles- creo que ese fue un momento en el cual el movimiento ecuménico tenía una fortaleza muy grande, nacida de esas circunstancias particulares.

Reverendo, la Iglesia Católica está muy preocupada por cómo van ciertas cosas en nuestras sociedades contemporáneas, especialmente en la promoción de una nueva visión del ser humano y de la familia, que desarticula definitivamente los ejes centrales de la antropología cristiana. ¿La Iglesia Presbiteriana comparte esta preocupación? ¿De qué manera nuestras Iglesias pueden enfrentar conjuntamente estas realidades en nuestra sociedad?

El proceso de secularización es una realidad en el mundo moderno. Ocurre en todos los países, lo vemos en países donde ha existido tradicionalmente una cultura cristiana. En los establecimientos comerciales hoy en día ni se atreven a poner la palabra Navidad. Es una realidad global. Creo que las iglesias todas estamos llamadas a vivir en este mundo secularizado, pero tratando de mantener y preservar nuestra identidad cristiana. Cada día vivido por cada uno de nosotros tiene que ser un día de reafirmación de nuestra identidad. Lamentablemente la secularización ha llegado e incidido en la Iglesia. Debemos ser capaces de vivir y

compartir criterios del mundo secular que pueden ser positivos, pero otra cosa bien distinta es dejarnos arrastrar por esa realidad. Debemos ser sabios y valientes a la hora de mantener las raíces cristianas de nuestra identidad.

¿Cree usted que la Iglesia Presbiteriana puede servir de ejemplo para que otras denominaciones cristianas incentiven el diálogo ecuménico con la Iglesia Católica?

Es muy delicado afirmar que somos ejemplo. Yo diría que nos esforzamos por mantener el diálogo. A nivel internacional no solo las iglesias reformadas se encuentran inmersas en el diálogo ecuménico, por ejemplo la Federación Luterana Mundial esta sosteniendo muy ricos diálogos con el Vaticano. Igual sucede con el metodismo a nivel mundial y con la Iglesia Ortodoxa Griega, el Patriarcado Ecuménico de Constantinopla. Además albergamos la esperanza de que en

algún momento se produzca el diálogo también entre la Santa Sede y la Iglesia Ortodoxa Rusa, que todos esperamos con ansiedad. El Consejo Mundial de Iglesias ha servido de puente en muchas oportunidades para estos diálogos. Vemos el movimiento ecuménico con simpatía, gratitud hacia Dios y mantenemos la esperanza de que algún día podamos ser Uno en el Señor. Siempre la Iglesia Presbiteriana va a tener las puertas abiertas al diálogo ecuménico, estaremos dispuestos a reconocer nuestros propios errores y debilidades y además las virtudes que poseen nuestros hermanos y hermanas de cualquier otra denominación. Creemos que todos somos pequeñas luces, y si nos unimos, podremos alumbrar este mundo con la ilusión de que sea un poco mejor.



A propósito de la entrevista al reverendo Héctor Méndez, Myriam Álvarez, feligresa de la comunidad presbiteriana, que también es miembro del Consejo Editorial de esta revista, quiso brindar su testimonio para este Dossier.

Cuando me propusieron ofrecer mi testimonio sobre *ecumenismo*, lo primero que hice fue buscar en un diccionario el término en cuestión, quizás por la tendencia de mi profesión a tratar de conceptualizarlo todo.

El *Aristos* consultado no contenía el vocablo como tal; pero sí el adjetivo *ecuménico* como aquello universal,

que se extiende a todo el orbe.

Sin embargo, la interpretación del término desde lo personal abarca una experiencia vivencial que solo evoca en personas que, más allá de su credo confesional, trabajen juntas por alcanzar propósitos similares.

Para mí, presbiteriana de confesión, la experiencia ecuménica con otras denominaciones evangélicas y en particular con la Iglesia Católica, me ha permitido enriquecer

mi espiritualidad y mis interpretaciones teológicas y bíblicopastorales sobre el cristianismo.

Pero aún eso no es lo trascendente. Lo que habita profundo en mí es el compartir juntos una experiencia de fe que se materializa en el testimonio del servicio: trabajar unidos por propósitos similares. Y asumir esta diaconía con toda la humildad y el respeto que merece.

Se pueden conciliar intereses, modificar liturgias, enriquecer in-

terpretaciones bíblicoteológicas, cuando existe una comunión de principios, cuando se va en busca de la misma *Verdad*.

Ecumenismo es para mí colaborar juntos, con todo respeto y sin marginación alguna, en la promoción de un mundo que busque el *Camino*, la *Verdad* y la *Vida*.

